



BOLETÍN DEL CLERO  
 DEL  
 OBISPADO DE LEON

CARTA ENCICLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE  
 EL PAPA LEON XIII (I)

(CONTINUACIÓN).

La Iglesia, que había nacido del mismo costado del segundo Adán, que como el primero dormía muerto en la cruz se manifestó primeramente por modo admirable á la vista de los hombres en el celebérrimo día de Pentecostés. Entonces precisamente, empezó el Espíritu Santo á derramar sus beneficios en el cuerpo místico de Cristo con aquella admirable efusión que mucho antes había visto el profeta Joel: (2) *sedit super Apostolos ut novae coronae spirituales per linguas igneas imponerentur capiti illorum*. (3) paróse sobre los Apóstoles, para imponer por lenguas de fuego nuevas coronas espirituales sobre sus cabezas. Y entonces los Apóstoles, como escribe el Crisóstomo, *de monte descenderunt non tabulas lapideas in manibus portantes, sicut Moyses, sed Spiritum in mente circumferentes, et thesaurum quemdam ac fontem dogmatum et charismatum effundentes* (4) descendieron del monte, no teniendo en las manos tablas de pie-

(1) Véase la pag. 246.

(2) II, 28, 29.

(3) Cyr, hierosol. cath. 17.

(4) In Math. hom. I—II Cor. III, 3.

dra, como Moisés, sino llevando á todas partes el Espíritu en la mente, y derramando el depósito y la fuente de dogmas y carismas. Así se cumplió plenamente aquella última promesa de Cristo á sus Apóstoles, de enviar el Espíritu Santo, que inspirando, completaría y, en cierto modo, sellaría el depósito de la doctrina comunicada: *Adhuc multa habeo vobis dicere, sed non potestis portare modo; cum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem.* (1) Aún tengo que deciros muchas cosas: pero no sois capaces de oírlas ahora; más cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad. Pues este que es Espíritu de verdad, como que procede igualmente del Padre, que es verdad eterna, y del Hijo, verdad sustancial, toma de uno y otro á la par que la esencia toda cuanto es la verdad: verdad que comunica y en abundancia reparte á la iglesia, proveyendo con auxilio efficacísimo para que nunca esté sujeta á error alguno, y pueda fomentar abundantemente por siempre los gérmenes de la divina doctrina produciendo frutos para la salud de los pueblos.

Y puesto que la salud de los pueblos, para la cual ha sido fundada la Iglesia, pide ciertamente que esta continúe su mismo oficio hasta la terminación de los tiempos, por eso la ha dotado el Espíritu Santo de constante vida y virtud, que conserva este y desarrolla en ella: *Ego rogabo Patrem et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum, Spiritum veritatis.* (2) Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que permanezca por siempre con vosotros, el Espíritu de verdad. Por eso instituyó Obispos, por cuyo ministerio no solo engendra hijos, sino también padres, esto es, sacerdotes, para regirla y nutrirla con la misma sangre con que ha sido redimida por Jesucristo: *Spiritus Sanctus posuit episcopos regere Ecclesiam Dei, quam adquisivit sanguine suo.* (3) El Espíritu Santo puso Obispos para regir la Iglesia de Dios que ganó con su Sangre. Unos y otros, Obispos y Sacerdotes, tienen por dón insigne del Espíritu el perdonar potestativamente los pecados, según aquellas palabras de Cristo á

---

(1) Joan. XVI, 12, 13.

(2) Joan. XVI. 16. 17.

(3) Act. XX, 28.

los Apóstoles: *Accipite Spiritum Sanctum, quorum remiseritis peccata, remittuntur eis et quorum retinueritis, retenta sunt.* (1) Recibid el Espíritu Santo; aquellos á quienes perdonareis los pecados, le son perdonados, y á los que se los retuviereis, les son retenidos. Ahora bién, que la Iglesia es una obra completamente divina, por ningún otro argumento se prueba más claramente, que por el esplendor y gloria de los dones que por todas partes la hermosean; y de los que es autor y dador el Espíritu Santo. Basta por último afirmar, que siendo Jesucristo la cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es el alma de la misma: *Quod est in corpore nostro anima, id est, Spiritus Sanctus in corpore Christi, quod est Ecclesia.* (2) Lo que es en nuestro cuerpo el alma, esto es el Espíritu Santo en el cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia. Siendo esto así, ya no se puede discurrir ni esperar alguna otra manifestación y expresión del divino Espíritu más amplia y fecunda: pues la que ahora se tiene en la Iglesia, es en verdad de las mayores, y permanecerá hasta que, terminada la carrera de la vida militante, se trasplante para gozar en la compañía celestial de los que triunfan.

No es menos admirable lo que obra y produce, y cómo lo obra y produce, el Espíritu Santo en el alma de cada uno de los hombres, aunque es algo más difícil de entender, por lo mismo que no lo perciben los sentidos. Esta efusión del Espíritu Santo es igualmente tan copiosa, que el mismo Jesucristo de quien procede, la comparó á un abundantísimo río, como se lee en Juan: *Qui credit in me, sicut dicet Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquae vivae:* El que cree en mí, como dice la Escritura correrán ríos de agua viva de su vientre: de cuya aseveración el mismo Evangelista dá la explicación diciendo: *Hoc autem dixit de Spiritu, quem accepturi erant credentes in eum.* (3) Esto lo dijo del Espíritu que habían de recibir los que creen en él. Es cierto que el Espíritu Santo habitó por gracia en los hombres justos que vivieron antes de Cristo, como leemos de los profetas, de Zacarías, de Juan Bautista, de Simón y de Ana; así es que en

(1) Joann. XX, 22, 23.

(2) S. Aug. serm. CLXXXVII de temp.

(3) VII, 38, 39.

Pentecostés no se dió el Espíritu Santo de tal manera *ut tunc primum esse sanctorum inhabitator inciperet, sed ut copiosius inundaret, cumulans sua dona, non inchoans, nec ideo novus opere, quia ditior largitate*, (1) que entonces empezase á habitar en los santos, sinó llenándolos con más abundancia, esto es, acumulando sus beneficios, no incoándolos; no es por tanto, nuevo en obrar, pero se ha hecho más rico en dar.

Más si bien aquellos justos se contaban en el número de los hijos de Dios, eran sin embargo de condición igual á la de siervos, porque aún el hijo *nihil differt a servo, sub tutoribus et actoribus* (2) en nada difiere del siervo, mientras está debajo de tutores y curadores: á más de que la justicia en ellos no era sino por los méritos de Cristo que había de venir, y la comunicación del Espíritu Santo hecha después de Jesucristo es mucho más abundante, al modo que la cosa pactada excede en precio á la prenda de pacto, y la realidad supera á la imagen. En este sentido dijo San Juan: *Nondum erat Spiritus datus, quia Jesus nondum erat glorificatus*. (3) Aún no se había dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado. Pero después que Jesucristo, subiendo á lo alto, se posesionó de la gloria de su reino, ganada con tanto trabajo, manifestó con gran esplendidez las riquezas del Espíritu Santo, *dedit dona hominibus*, (4) dió dones á los hombres: porque, *certa illa Spiritus Sancti datio vel missio post clarificationem Christi futura erat, quatis nunquam antea fuerat, neque enim antea nulla fuerat, sed talis non fuerat*; (5) aquella donación ó misión del Espíritu Santo, después de la glorificación de Cristo, había de ser cual antes no había existido, no porque antes no hubiera alguna, sino porque no había sido lo mismo. Puesto que la naturaleza humana es necesariamente sierva de Dios, *creatura serva est, servi nos Dei sumus secundum naturam*, (6) la criatura es sierva, nosotros somos siervos de Dios según la naturaleza cayó por la mancha común en tal

(1) S. Leo M. hom. III de Pentec.

(2) Gal. IV, 1, 2.

(3) VII, 39.

(4) Ephe. IV, 8.

(5) S. Aug. de Trin. 1. IV, c. 20.

(6) S. Cyr. Alex. Thesour. 1. V. c. V.

vicio y deshonorra, que además de siervos, quedamos enemigos de Dios: *Eramus natura filii irae*: (1) Eramos hijos de ira por naturaleza. De esta ruina y perdición eterna no había poder alguno que pudiera levantarnos y librarnos. Y esto fué lo que Dios, creador de la naturaleza humana é infinitamente misericordioso hizo por medio de su Unigénito: por cuyo beneficio el hombre fué restituido al estado y nobleza, de donde había caído, pero con más rico adorno de dones.

Cual sea esta obra de la divina gracia en las almas de los hombres, nadie puede expresarlo; así que tanto las sagradas Escrituras como los Padres de la Iglesia los llaman regenerados, nuevas criaturas, participantes de la naturaleza divina, hijos de Dios, deíficos, con otras alabanzas semejantes.

Ahora bien, tanta multitud de bienes con razón se deben al Espíritu Santo como propios. Porque él es el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos Abba, Padre y es también el mismo que baña los corazones con la suavidad del amor paternal: *Ipse Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei*: (2) El mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Para declarar esto es oportuna la semejanza que el Angélico doctor presenta entre una y otra obra del Espíritu Santo: puesto que por el mismo Espíritu *Christus est conceptus in sanctitate, ut esset Filius Dei naturalis, alii sanctificantur ut sint filii Dei adoptivi*, (3) Jesucristo es concebido en santidad, para ser hijo natural de Dios, y otros se santifican, para ser hijos adoptivos de Dios. Por tanto, con mucha más nobleza que sucede en el orden natural, la regeneración espiritual procede del amor, pero del Amor increado.

El principio de esta regeneración y renovación le tiene el hombre por el bautismo: en cuyo sacramento, arrojado el espíritu inmundo del alma, descende el Espíritu Santo por primera vez sobre ella, y la hace semejante á sí: *Quod natum est ex Spiritu, spiritus est*. (4) Lo que ha nacido del Espíritu, es es-

---

(1) Eph. II, 3.

(2) Rom. VIII, 15, 16.

(3) S. Th. 3. q. XXXII, a. 1.

(4) Joan. III, 7.

piritu. El mismo Espíritu se dá más abundantemente en Don por la sagrada confirmación para la constancia y fortaleza de la vida cristiana: por este espíritu vencieron los mártires, y las vírgenes triunfaron de los atractivos de la corrupción. Decimos que el Espíritu Santo se dá á si mismo en dón, porque *charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis*: (1) La caridad de Dios es lá difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado. En efecto, no solo nos dá los dones divinos, sino él mismo, que es el autor de ellos; ó más bien, él es el dón supremo, que procediendo del mútuo amor del Padre y del Hijo, con razón es y se llama *altissimi donum Dei*: dón del altísimo Dios.

Para conocer mejor la naturaleza y virtud de este dón, conviene recordar lo que han enseñado las sagradas letras y explicado los doctores, á saber, que Dios se halla en todas las cosas y existe en ellas, *per potentiam, in quantum omnia ejus potestati subduntur; per praesentiam, in quantum omnia sunt nuda et aperta oculis ejus; per essentiam, in quantum adest omnibus ut causa essendi*; (2) por el poder, en cuanto que todas están sujetas á su potestad; por presencia, en cuanto que todas están claras y manifiestas á sus ojos; por esencia en cuanto se halla en todas como causa del ser. Pero en el hombre Dios está, no solo como en las cosas, sino más conocido, y por eso más amado, puesto que por inclinación natural amamos, deseamos y buscamos espontáneamente lo bueno. Además Dios mora por gracia en el alma justa, como en su templo, pero de un modo íntimo y particular; de lo que se sigue también aquella necesidad de la caridad por la que el alma se une muy estrechamente con Dios, mucho más que el amigo, y goza plena y suavemente de él.

Pero esta unión admirable, que propiamente se llama *inhabitación*, y que solo se diferencia de aquella que tienen los bienaventurados en el cielo con Dios haciéndolos felices, por la distinta condición ó estado, por mas que verdaderamente se cause por la presencia de toda la Trinidad, *ad eum veniamus et man-*

(1) Rom. V, 5.

(2) S. Th. 1.º q. VIII, a 3.

*sionem apud eum faciemus*, (1) vendremos á él y haremos mansión en él, aunque se predica como peculiar del Espíritu Santo. Y si bien en el hombre perverso aparecen tambien vestigios del divino poder y sabiduría; no obstante, ningún otro, á no ser el justo, es participante de la caridad, que es como la nota propia del Espíritu. Y esto conviene con llamarse Santo al mismo Espíritu, porque él, como primero y sumo Amor, mueve y obra en las almas santificándolas. Asi es que el Apóstol, cuando llama á los justos templo de Dios, no dice expresamente que sean templos del Padre ó del Hijo, sino del Espíritu Santo: *An nescitis quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti qui in vobis est, quem habetis a Deo?* (2) Acaso ignorais que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, y que teneis de Dios?

Por consiguiente, la abundancia de dones celestiales es producto de la presencia del Espíritu Santo, que habita en las almas piadosas. Porque, y esta es doctrina de Santo Tomás de Aquino, *Quum Spiritus Sanctus procedat ut amor, procedit in ratione do. i. primi; unde dicit Augustinus, quod per domum quod est Spiritus Sanctus, multa propria dona dividuntur membris Christi.* (3) Procediendo el Espíritu Santo como amor, procede en la razón de dón primero; de aquí dice San Agustín, que por el dón que es el Espíritu Santo, se reparten muchos dones propios en los miembros de Jesucristo. Entre estos dones están aquellas ocultas admoniciones y mociones, que por impulso del Espíritu Santo se excitan de cuando en cuando en el entendimiento y en el corazón; y sin ellas no puede empezarse, ni continuarse ni terminarse la obra de la salvación eterna. Y porque estas voces y mociones suceden muy ocultamente en el alma, con mucha propiedad se comparan alguna vez en las sagradas páginas al silbido del suave viento, que sopla, y el doctor Angélico las compara sabiamente á los movimientos del corazón, que tiene su virtud oculta en el viviente: *Cor habet quamdam influentiam occultam, et ideo cordi comparatur Spiritus Sanctus, qui in visibiliter Ec-*

---

(1) Joann. XIV, 23.

(2) I Cor. VI, 19.

(3) Summi. th. 1.<sup>a</sup> q. XXXVIII, a. 2.

*clesiam vivificat et unit.* (1) El corazón tiene cierta influencia oculta, y por esto es comparado al corazón el Espíritu Santo, que vivifica y une la Iglesia.

(*Se continuará*).

---

## EJERCICIOS ESPIRITUALES

---

El día 6 á las siete y media de la tarde dieron principio los ejercicios espirituales del Clero de la Diócesis presididos por nuestro Excelentísimo Prelado y dirigidos por los RR. PP. Santiago y García Alcalde de la Compañía de Jesús. Revestido su Excelencia de capa pluvial y asistido de los Sres. Canónigos de la Santa Iglesia Catedral D. Alejandro Rodríguez y D. Bernardo Ortiz, entonó el himno *Veni creator*, que continuó el coro de 80 Sacerdotes que han asistido á la primera Tanda, y después de rezado el Santo Rosario pronunció el P. García Alcalde la Plática preparatoria, en la que con la energía que le distingue demostró la importancia y necesidad de los ejercicios espirituales, indicando también los principales medios que deben practicar los ejercitantes para obtener abundantes frutos espirituales. La puntualidad y recogimiento con que asisten á todos los actos los Sres. ejercitantes, presididos constantemente por nuestro Excelentísimo Prelado y el celo de los RR. PP. al desarrollar las verdades más importantes de la Religión católica, todo hace concebir fundadas esperanzas de que el Señor derramará en los corazones de los celosos Sacerdotes abundancia de gracias espirituales, que han de contribuir, sin duda, al aprovechamiento espiritual de los mismos y al de las almas que les están confiadas.

---

(1) Summi. th. 3<sup>a</sup> q. VIII, a 1, ad 3.